

LLANTOS DEL EXILIO

MIGUEL OSCAR MENASSA

© Editorial Grupo Cero
© Miguel Oscar Menassa
ISBN-13: 978-84-85498-98-7
Depósito Legal: M-12801-2007
Impreso en España

ÍNDICE

	Página
LLANTO DEL NACER	
Llanto del nacer	4
LLANTOS DE LA VIDA	
He buscado	7
Como elefante triste	8
Mis llantos	10
LLANTO DEL POETA	
Llanto del poeta	13
LLANTO DEL AMOR	
Para Olga en su 50 cumpleaños.	16
LLANTOS DE LOS AÑOS AL PASAR	
Cumplir 60 años. Poeta	20
Cumplir 60 años. Plural	22
Cumplir 60 años. Camarada.....	24
LLANTO DEL PRISIONERO	
Cumplir 60 años. Prisionero	26

LLANTO DEL NACER
A mi hija Alejandra

Antes de que nacieras,
el mundo
era una flor que te esperaba.

Cuando hiciste el primer movimiento
en la penumbra del vientre de tu madre
toda una gran ciudad del sur americano
se movió, tranquilamente, a tu compás.

Antes de que nacieras,
el mundo
era una flor que te esperaba.

Los hombres, las mujeres,
las naturales caricias de la noche
el sol doliente de la pampa húmeda
se reunieron para elegir tu nombre:
Alejandra.

Detuvimos la vida para verte nacer,
todo en nosotros, día y noche, era poesía.

Los más fuertes guerreros de la época
los jefes indios sublevados, y yo mismo,
detuvieron la guerra, el ruido de la guerra,
para no perturbar la delicada música
de aquel primer poema, tu vagido inicial.

El mundo, pequeña y bella flor que te esperaba
se hizo jardín radiante, multiplicando los colores.
El movimiento de tus ojos detenía los tiempos,
abriendo nuestra vida a un mundo diferente.

Cuando apenas hablabas, la continuada guerra
nos expulsó, en bandadas, del verde paraíso.
Montados en mis versos llegamos, desfallecientes,
casi sin esperanzas, a una tierra de paz.

Comimos y bebimos los más dulces manjares
y, también, las agrias constelaciones del dolor.

El mundo, pequeña y bella flor que te esperaba
se hizo jardín radiante multiplicando los colores.

Tú crecías hermosa mientras la vida

se transformaba en mis palabras.
Mis versos crecían hasta alcanzar la inteligencia
y, vos, volabas segura entre mis versos
hacia el brillante porvenir que hoy festejamos.

Después vino, a tu vida, tu poeta,
y las delicias del verbo hicieron tu camino.
Te solté de la mano cuando supe
que eras del mundo para el mundo.
Y aún, antes del esplendor
antes de que tus versos
grabaran en la historia
tu «Primera Inquietud»,
vino, para nosotros, el dolor del siglo,
la muerte vino a poner, delante de tus ojos, la vida
y fuiste, a pesar o a causa de tu juventud,
sabia:

Lloraste
hasta alcanzar la voz con tu tristeza.
Apartaste de todas nuestras vidas,
con gesto delicado, a la señora muerte,
te dejaste llevar por las palabras
y con alegre y dulce fe, llena de amor,
te fundiste, con pasión, a la poesía.

Y hoy brindamos por ti, bella Alejandra,
por la serena inteligencia que viene del futuro
y no sólo por ti, sino contigo, quiero brindar
por todos los presentes.
Lleno las copas, nuevamente, para brindar
por todos los amigos y las lejanas tierras,
y todo aquel que quiera ser dueño del amor.

Si te he pedido, hija, tan generoso brindis,
es porque quiero, ahora, que todos juntos:
mis versos, la inteligente y bella Olga,
tu esplendor, la fuerza de Cecilia y Antonio,
la vida plena de Fabián y Manuel,
la sonriente abuela, los olvidados,
los amigos presentes y, aun,
aquellos que no existieron nunca,
juntos te digo, levantemos
lo más alto posible nuestras copas
lo más alto posible nuestra voz
lo más alto posible radiante poesía
para brindar por Pablo,
porque nuestro pequeño Pablo amado
lo deseaba tal cual está ocurriendo hoy.

Gracias Alejandra porque hiciste del mundo,
aquella pequeña y bella flor que te esperaba,
esta selva radiante multiplicando los amores.

HE BUSCADO
A mi hijo Pablo

He buscado, tercamente,
un paso hacia delante
y nada pude hallar.
He tratado, hábilmente,
de caer desde las alturas
y nada conseguía.
He viajado, locamente,
por calles imposibles,
sin encontrar el cielo.
He dejado, pausadamente,
todo lo bien amado
y todo lo bien amado
está en mí.

Siempre en el mismo sitio,
lejano y apacible,
mirando las estrellas,
siempre contra mí mismo,
paralizado de terror,
sin hallar el deseo.
Sin nadie que arranque
de mis ojos, sin luz,
vendas oscuras.
Siempre oculto
en mi propio corazón,
sin apenas salidas,
sin amor.

Dejo huellas
sobre mis pasos
y me declaro en libertad.
Ya no quiero caer,
ni busco cielos imposibles,
ni arrebatadas luces,
ni pasos adelante que,
sencillamente,
alivien mi dolor o mi tristeza.

En plena libertad,
alejado de humanas veleidades.
Dejando,
como si fueran síntomas eternos,
que mis grandes amores,
duerman conmigo esta siesta del alma,
vivan, conmigo, este dolor.

COMO ELEFANTE TRISTE

Deseo hacer el amor en pleno verano,
como en mi tierra hacían los sin-tierra,
se reclamaban los unos a los otros
y ya no había amor.

Hacer el amor, me digo, con determinación,
con cierta alevosía,
como les pasaba a las mujeres de mi pueblo,
con sus amores únicos.

Hacer el amor hasta romper
el equilibrio que me permite amar.
Como las flores que agonizan,
quemadas, rotas,
por el mismo sol que les dio vida.

Ahora, en esta lenta mañana de verano,
quiero que el viento produzca,
ese sonido, agudo y desgarrado,
del amor sin barreras.
Como hacen el amor las mariposas,
donde gusano y alas,
se juntan para morir.

Hoy quisiera practicar el amor bestial.
Como los cerdos hacen y las gaviotas,
y los vampiros quietos y las vacas.
Hembra y macho, animales en celo,
sin palabras.

Y un día dije:
hoy quiero amar todo lo que pasó.
Y mi vida se llenó de muertos.
Confieso haber sido como ellos,
llegué a gozar sentado en una silla,
quieto, sin alma, esperando un verso.

Y, después, me gustaría amar,
de país a país, de océano a montaña
y dejarme caer como los soldados
que mueren abrazados al arma que los mata.

Tengo que amar, me digo, tengo que amar.
Como aman los jóvenes en primavera,

sin importarles nada, burlándose del mundo.

Me gustaría, porqué no, hacer el amor
tendiéndome en un verso,
como las letras,
las palabras hacen
y me pongo celoso
porque no puedo tanto
y lloro como una mujer,
lo que defendiendo como hombre
no sirvió para nada.

Amar, hoy me dejaría amar.
Sería el hombre muerto-vivo,
que la mujer desea.
Quedarme quieto, digo,
atarme, sin más, al porvenir.
Besar la boca que besa el universo
y apagar la luz.

Hoy es una tarde calurosa
de verano en Europa.
Y quien se lo imaginara
no hubiera podido nunca
imaginarlo así:

Sentado y escribiendo,
haciendo el amor en las cloacas de mi ciudad.

Conociendo a fondo la vida cotidiana.
“Amor y odio se parecen”
amor y odio se parecen,
gritaba el condenado
y se abrazaba
con ardor a sus propias palabras
y amaba
todo lo que no podía ser y caía,
se dejaba caer sobre su cuerpo.

Así quisiera amar, así quisiera.
Con el alma partida de soledad,
sin que nadie me vea llorar por lo perdido,
como elefante triste que no verán morir

MIS LLANTOS

A mis hijos Jorge Fabián y Manuel

He roto tantas brisas con mi llanto,
he llorado romper hasta el mañana
y rompiendo la mar lloré bravío
y el mundo conquisté con este llanto.

Llanto de amor, llanto de furia, tonto llanto.
Clavado en el dolor ajeno lloré de espanto.
Abierto a mi dolor, vidrios lloraba.
Te amaba tanto, tanto, que hasta de amor lloré.

Y luego las vendimias, el vino turbio,
la lágrima rubí, diamante enamorado,
tu cuerpo como caído pero volando.

Cada llanto me recuerda un amor,
todos los llantos sólo uno, llorando.

Arranco de mis ojos las últimas perlas
y me las como para seguir llorando.

Llorando como un buey, vaca, ternera degollada.

Aljibe desterrado del agua,
lloro estos hierros viejos, óxidos lloro,
lágrimas quejumbrosas rotas por el amor,
como salidas de un bandoneón herido.

Bella lágrima oculta me la guardo,
por si algún día alguien la necesita,
entonces, aunque la ame, lloraré esa lágrima.
Y esa otra lágrima desnuda
que no desea abandonarnos
para ser llorada una vez más.

Amor de lágrimas, llantos de océanos,
cataratas de perlas desaparecidas,
majestuoso río cayéndose en mis ojos.

Lágrimas del alcohol, vinagre, envenenadas,
lágrimas del odio hasta el asesinato,
húmeda mortaja de cal ardiente,
ojos desorbitados por la sorpresa
de verse ardiendo, vivos, en la cal.

Era una lágrima fuerte la que lloraba,
lágrimas de una guerra, una muerte violenta,
lágrimas trágicas del exilio.
Hijo, Padre, Madre, todo el mundo llorando.
Había en ese instante lágrimas a montones.

A veces, para recordar haber sufrido tanto,
llorábamos y llorábamos, mas sin motivos.
Era un llorar abierto, tenía ritmo, música.

Cuando llorábamos por nada,
cada lágrima tenía compasión de sí misma,
al caer lo hacían con delicadeza, con elegancia.
Nunca terminaban de caer
y era hermoso verlas danzar de amor,
cayendo sin caer, suave danza del sexo.

Vinos oscuros, licores aromáticos,
mares embalsamados en los ojos,
maremotos retenidos en la mirada.

Vengo desde el centro mismo del agua,
a llorar un dolor tan grande como el mundo.

Hay cosas que no dejan esperanzas,
son cosas como hielos frente al sol.
Como querer encontrar en un mar lejano,
traído por las olas,
aquel beso, de aquel amor perdido,
donde aún no habíamos aprendido a llorar.

Hoy lloraré las cosas no lloradas.
Una amor, una muerte, aquella embriaguez.
Músicas del dolor, llantos amados,
tiernas agüitas de la infancia,
lago escondido entre los árboles,
donde los enamorados se ahogan de llorar.

Lágrimas como piedras despeñadas,
montaña caída sobre la belleza,
seda perforada por las balas del tiempo,
tapándome los ojos, ya cerrados para dormir.

Una pequeña lágrima atraviesa el porvenir,
arranca un ojo de la noche
y lo aprieta con fuerza contra su corazón
y la noche comienza a llorar,
lágrimas de un continente perdido.
Llanto o mujer.
Laberinto, agua sin retorno,

perdida luz,
hambre sin saciar, abierta.

Lloro este verso ahora
porque termina el canto.

Agua de mí, por mí, para mis cosas.
Ese dolor de mí, del universo en mí.

Llanto llorado escribo en el poema
por una muerte en mí que se repite.

LLANTO DEL POETA
A mí mismo

Se solía decir:
este siglo no será posible
sin embargo,
rompiendo las barreras de la historia
y porque ella lo ha deseado para mí,
aquí me tenéis, yo soy un hombre.

Un hombre masculino, atravesado,
por el sonido de su voz abierta.
Mujer, mujer del pan y las caricias,
de las revoluciones y el trabajo duro.
Una mujer construye la tierra donde vivo,
el mar, la plena, rotunda libertad del mar.
Ella construye para mí, el vuelo de los pájaros,
palabras y mujeres, permanentemente,
pero no por mi gracia, belleza inteligente,
una mujer, la Poesía,
sostiene con su deseo inagotable,
infinitas mujeres y entre todas al viento,
hacen de mí esta sustancia incandescente.

Un fuego que viene de la letra y va a la letra,
un fuego, una pulsión
y ella abre sus nalgas, abre sus nalgas y sonrío
y un tiempo se detiene en las pupilas del amor
y violentas canciones de cuna nos dejan sin aliento
y el hombre vive y muere y ya no sabe qué decir
y la mujer toca un violín, silencio, interminable,
y se deja caer entre nosotros, tal vez, benéfica,
tal vez, desesperada de tanta soledad,
lo cierto, es que se deja caer entre nosotros
y tiñe con sus movimientos, afines al poema,
toda vida oculta, toda tristeza, la soledad,
con la misma luz de los grandes milagros
para que todo brille con la ilusión del amor,
manantial para el sediento y el incrédulo,
ella es la fe.
Mujer, mujer, escándalo que se apodera de mi ser,
de todas mis palabras, de mis versos más altos
y en esa cumbre del saber humano,
cada palabra, todo poema sangra con tu presencia.

Hay hombres,
hay hombres en el mundo moderno,
hay hombres,

hasta yo mismo vivo en el mundo moderno,
pero la mujer tiene, secretamente,
guardada una energía,
inexistente para el hombre,
por eso busco en ella,
- poeta incorregible -
lo perdido, lo nunca hallado,
lo imperfecto que nos hace sublimes.
Por eso busco en ella
y ella que lo sabe hace más de tres siglos,
no deja de producir pájaros en todas direcciones,
mujeres y palabras, algunas para mí, el resto,
para el mundo, si existiera.

Una mujer,
Yo soy la noche, me decía,
y la noche es una capa de visión caliente
para la soledad del poeta.
La noche y el poeta juntos,
única manera de atravesar la nada del invierno
y se apretaba a mí con ternura y, yo,
al borde de las lágrimas,
para verla contenta,
haciendo con su deseo el universo,
me oscurecía.

Una ella me ama y me consuela,
quiere aprender de mí lo que ella me enseñó.
Otra me muestra todo el día lo estúpido que soy,
buscando todo el tiempo por todos lados una vida,
cuando en ella late con frenesí una vida imposible,
desde mucho antes de encontramos, de conocernos.
Antes de irse habló de la mujer:
construyendo su vida y su alegría
una mujer teje ese sueño, ese destino.
Y yo que soy un hombre,
de verdad, masculino,
porque ella así lo desea con fervor,
me levanto a la mañana y se lo digo:
Allá voy, señora,
tras el latido frenético,
múltiple de tus deseos.

Aunque no te des cuenta,
aunque nadie lo crea,
estás en mí, iluminada,
estás en mí.

Y cuando hacemos el amor, ella recuerda:
Qué mal te comportaste con esa coma,

en el cuaderno del domingo, o bien,
los verbos singulares atrapados,
en una adjetivación inconsecuente.
Yo la dejaba recordar, tranquilamente,
y aprendía todo lo que podía,
pero no tocaba nada,
dejaba cada cosa en su lugar.
Esa promesa era el fundamento, sencillo,
de nuestro gran amor:
ella me lo daría todo, todo,
pero yo, no tocaría nada.

Yo soy un hombre masculino
y vivo atravesado por ella en mil pedazos,
todo lo que ella quiere encontrar en mí,
lo coloca ella misma, delicadamente, en silencio
y, después, ama con frenesí todas sus virtudes
y yo me dejo llevar por el haz de luz de sus deseos
y no dejo de amar lo que ella construye sin saber,
y no dejo de enloquecerme con tantos pájaros volando,
y no dejo de morir a cada instante entre las letras
y toco, yo también, embelesado, ese violín sangrante,
su boca enamorada, su locura de alas, su pantera,
ese violín sangrante, aullido quieto, desgarrado,
toco su voz marina, su libertad espléndida, su mar,
sus ojos de gaviota desesperada y escribo este poema.

PARA OLGA SU 50 CUMPLEAÑOS

Cuando tenías veinte años, te conocí
entre millones de mujeres amadas
y me quedé contigo.
Siempre tu piel, tus besos, tus suspiros,
me ofrecían señales de aquellas multitudes.

Era tierno besarte, porque al abrir la boca,
salían en bandadas millones de palabras,
todas pidiendo libertad, cálidos amores,
para las pequeñas almas desnudas y sedientas.

Fuimos, lo reconozco, jóvenes, ágiles, fuertes.
Recuerdo aquellas tardes, memorables, de amor,
cuando, agarrándote en vilo de las nalgas,
te levantaba hasta 50 centímetros de mi corazón.

Aquel atardecer
que con el tiempo hicimos imborrable,
entre las cumbres
a 7.000 metros sobre el nivel del mar, encima
de los Andes más altos, de las nieves más altas,
te desnudé y me desnudé y la belleza fue infinita.

Fuimos sorprendidos por nuestra impotencia.
Tan cerca del cielo estabas extasiada
y no pudiste abrir las piernas.
Tan cerca de vos,
estaba enloquecido de inmensidad, sin sexo
y fuimos cóndores, entonces,
águilas y ese fue nuestro amor.

O aquella noche entre macarras y putas aburridas,
te abracé, te metí una pierna entre tus piernas
para bailar un tango
y una vuelta y un ocho para atrás
como una golondrina en pleno vuelo,
puso una sonrisa, amable, en cada puta,
puso un pájaro, inocente, en cada malandrín.

Y cuando, un poco locos, se nos daba
por hacer el amor con todo el mundo,
alcanzábamos del cuerpo
los genios más espléndidos,
nadie se resistía al influjo
brutal de nuestros besos.

Alquilábamos grandes salones, como el de hoy
y bebíamos de la misma copa cientos de licores
y bailábamos todos al ritmo de tus senos alados
y yo te amaba, porque amarte,
era amar a todo el universo.
Éramos tan hermosos juntos,
que nos tomábamos del brazo
y comiendo mandarinas
caminábamos tardes enteras de sol,
sólo para que los paseantes
nos vieran caminar con alegría
para que toda la belleza nuestra,
fuera compartida.

Éramos ágiles,
yo solía volar hasta tu corazón todas las mañanas.
Éramos fuertes,
vos me subías encima tuyo
y cantabas hasta quedarte sin respiración.
Éramos jóvenes, tan jóvenes,
que llegamos a desear vivir juntos,
en plena libertad, más de cien años.

Después vino la guerra,
como en todos los grandes amores
vino la guerra.

Pero nada,
nos agarramos fuerte a los pequeños ángeles,
que nos habían nacido de tanto estar unidos
y volando al unísono,
entre las balas, entre los maldecires,
volamos sin parar hasta caer rendidos,
todos juntos,
en una pequeña ciudad al sur de Europa.

Había luz, agua potable, seguridad social.
Algo de suerte habíamos tenido,
la guerra nos había expulsado de lo más amado,
pero habíamos caído en una ciudad civilizada,
después no fue, tampoco, para tanto.

Al principio nos costaba creer que la civilización
podía ignorar los pensamientos más modernos.
Algunos días protestamos,
pero después aprendimos a hablar de langostinos,
del punto de cocción de las judías verdes
y fuimos más normales que el viento en primavera
y nos nacieron hijos en España, desde ahí nuestra tierra.

De cualquier manera siempre vivimos asustados,
para escribir poesías nos escondíamos,
como cuando al comienzo del amor.
Después de tanto ejercitar, salíamos a la calle
y parecíamos dos personas normales:
Buenos días. ¿Qué tal? ¿Qué pasa macho? Adiós...

Después no voy a decir, precisamente, hoy,
día tan, claramente, festivo, inolvidable,
lo que sufrimos o lo que nos torturaron,
mucho, mucho sufrimos y algo nos torturaron
pero hemos decidido en este día espléndido
de tu cincuenta cumpleaños,
perdonar, querida Olga, perdonar.

Poder amar la vida
por sobre todas las desgracias,
amar a nuestros hijos
por sobre todos nuestros queridos muertos,
amar a nuestros cuerpos
más allá de los interminables fantasmas interiores.

Dejar que nuestros cuerpos
ya no tan ágiles pero ágiles.
Dejar que nuestros cuerpos
ya no tan fuertes pero fuertes.
Dejar que nuestros cuerpos
ya no tan jóvenes pero jóvenes.
Dejar a nuestros cuerpos
que sin ningún respeto por los años,
que sin ningún respeto por los vecinos,
que sin ningún respeto por los muertos,
querida, hagamos el amor,
delante de esta maravillosa gente amiga
para que puedan entender rápidamente
que una mujer a los cincuenta años,
precisamente, a los cincuenta años,
gana su libertad, se encuentra con su sexo,
adora multitudes,
desea con fervor un pedazo de historia.

Aquí va entonces a tus 50 años, sencillo, este poema.
Para nombrarte, Olga, amada mía, obrera del amor,
luz naciente de los más grandes febreros,
camarada asustada, por las revoluciones
que con amigos fuertes preparábamos,
pensábamos, delante de tus ojos,
de tus labios de amante iluminada.

Amada Olga, amada por mis más grandes amores,

hacían viento con mis versos para llevarte por los aires,
para que cada uno tuviera tu alegría,
tu manera de entregarte al poema, de darte en el amor.

Por todo eso en tu cincuenta cumpleaños,
aquí van, entonces, mis más bellos amores,
este trozo de historia con tu nombre,
algunos de mis versos.

Cuando tenías veinte años, querida Olga, te conocí,
entre millones de mujeres amadas y me quedé contigo,
siempre tu piel, tus besos, tus suspiros,
me ofrendan los sabores, los sueños, los encantos,
las señales ardientes de aquellas multitudes del amor.

CUMPLIR 60 AÑOS. POETA
A mis hijos Cecilia Andrea y Antonio Nicolás

Entiendo no saber de qué se trata.

Decaer, no es fácil a los 60 años.
Pero ascender lumínico, tampoco.
Es una edad detenida en el tiempo.
Una meseta tendida a gran altura.

Alma despojada, también, de alma.

Cuando se cumplen los 60 años,
los vientos huracanados del exilio
son como el aire fresco de la mañana
nada de oscuridad, recuerdo del dolor.

Meseta digo para decir extensión.
Mi vida, mediterránea luz sonora,
mar desolado pero abierto al mar,
soledad devorada por una libertad.

Eso es decir, amigos, eso es amar.

A los sesenta años se festejan
las cosas dejadas, no vividas,
ese beso mortal que nunca dimos,
la caricia que nunca me alcanzó.

A los sesenta años voy a festejar
el trabajo que aún no he realizado.

El grandioso poema que escribiré
una tarde de otoño a los cien años.

Las largas caminatas con mi amor
hablando del tiempo que no pasa.

Nos miraremos y nos amaremos
con los ojos en verdad cerrados.
Y en esas caricias de oscuridad,
también, tendremos un pasado.

Hemos vivido, hemos vivido y
eso, amigos, está con nosotros
por eso queremos festejar la luz,
la luz, incuestionable, del futuro.

¿Te imaginas lo que nos imaginamos?
un pedazo de piel a los ochenta años,
una caricia procaz, un poema brutal
en la meseta, al cumplir los cien años.

CUMPLIR 60 AÑOS. PLURAL
A Madrid, a Buenos Aires, a...

Tengo serios problemas con la Poesía.
Siento que no tengo energías para Ella.
Gasto todas mis fuerzas por mantener,
después de los 60 años todo mi cuerpo.

Toda la energía, toda, para poder amar
el sexo, oculto, de mis mejores versos
la escondida pasión de los silencios
el verbo que se escapó de la palabra.

El mundo quiere para mí a los 60 años
difícil prueba que no habré de cumplir.
Comiendo apenas casi nada, verduritas
y haciendo el amor una vez cada tanto.

Que siga escribiendo a los 60 años
una letra que cante toda la pasión.
La libertad del mundo pero a solas,
encerrado en una vacía habitación.

A mí me piden eso,
a mí que fui plural en el colegio
amaba con la misma intensidad
a chicas, muchachos y mayores.

Me embelesaban maestras jóvenes,
me embelesaban maestras viejas.
Aunque algún día deba confesar
que por dos motivos diferentes.

Y así andaba, de fracaso en fracaso
pero desde muy pequeño fui plural.
Y fui plural a nivel del Instituto,
llegué a ser secretario general
de dos agrupaciones enemigas.

Plural y abierto con el juego
siempre soy feliz.
Cuando gano soy feliz
por mi manera de jugar.
Cuando pierdo soy feliz
¡existen seres superiores!

Y fui plural en la Universidad en 1958.
Al llegar me colgué de una ventana

y defendí a los laicos cuando yo,
en realidad, era profundo y religioso.

Y fui plural en el amor, de cientos
a 5.000 millones amaba con fervor,
quería pan para el amado
y pan no había,
ese dolor está en mi piel
mis versos lo atestiguan.

Y fui plural con la palabra.
Hablé: Viento del desierto que cambiará
toda la arena de lugar sin dejar rastros.
Encontrarse con eso que pasó es imposible.

Y escribí: mis huellas digitales sobre el muro,
asesté un duro golpe al blanco del papel.
Hice mármol del aire, bronce de la vida,
diamante imperturbable de mi canto.

Fui plural hasta conmigo mismo.
A veces me vestía diferente,
hablaba del amor en otro idioma,
besaba su boca como si fuera otro.

La acariciaba, a veces, de una manera
distante y alejada, como desconocida.
Y hubo noches de fuego y escándalo
donde su cuerpo era, totalmente, mío.

Ni sus arrugas escapaban a mi voracidad.
Una manía de quedármela toda para mí.
Plural hasta el dolor de intercambiar
esa mujer de fuego por un frío poema.
Y poemas rompí cuando fue necesario
para detener el llanto de algún niño
atemperar de la locura su violencia
o amar a esa mujer hasta llegar al fin,
del todo, para siempre, sin papeles.

CUMPLIR 60 AÑOS. CAMARADA
A mi hermana Norma, camarada

Yo también fui camarada de la vida
en la trinchera amable de la amistad
y en la trinchera oscura de la muerte.

Fui zanja hecha pedazos, quieta hoguera,
carne que no sirve para nada, ni el amor,
palabra abierta, plena, que no pudo fluir.

Fui ese pedazo de adoquín sangrante
un tango que se baila sólo en el vivir
las vías del tranvía en la curva mortal.

Un beso en el andén del tren perdido,
estrellas aparcadas en un lejano cielo,
un amor que al morir no existió nunca.

Fui camarada de la tierra americana
sembrando el porvenir de la palabra.
Poesía que en el futuro será el amor.

Camarada, todos juntos atados
luchando por las letras del pan,
por la agonía en buenas manos.

Luchando camarada, todos juntos
por un salario justo, si lo hubiera,
un amor recíproco que no lo hay.

Historias que borran la memoria,
dejando el cuerpo sin recuerdos,
el beso sin sonido de los sueños.

Soy de aquí, camarada, aquí mi vida.
Aquí todas mis plantas, mis lechugas,
las cosas de la tierra en mis amores.

Camarada del agua siembro para ti
frutas del tamaño de altas ilusiones:
todos juntos venciendo a la tristeza.

Mago de mí, ato al cuello del mundo
el cinturón de ausencias del poema,
camarada del cielo lloro la soledad.

Y también digo tener para los locos,

los enfermos del alma, un camarada.
Bestia de amor descuartizada y sola.

Y fui el gran camarada de la noche,
del hombre insomne que no duerme
y del mundo quiere cambiar el alma.

Camarada de la esbelta mujer acróbata
la que se balancea, sin cesar en el amor.
Cae y alcanza el cenit y no dice palabra.

Camarada de la mujer que sin mirada,
camina sin rumbo de un lado para otro,
sin poder entender porqué nadie la ama.

Camarada del hombre trabajador,
hierro para el amor, débil de futuro,
alguien que ya perdió lo que no fue.

De la mujer trabajadora y su destino:
hacer del pan una verdad y del amor,
un sueño entretejido entre las sombras.

Fui camarada de la letra y la piedra
la letra que llega serena a la palabra,
piedra perdurable del sexo del amor.

Camarada de mí, fui deslumbrado,
como deslumbran las estrellas fugaces
por uno de mis versos que no escribí.

Fui camarada ocioso de la muerte,
la vigilaba, la vigilaba todo el día,
pero en los sueños ella podía más.

CUMPLIR 60 AÑOS. PRISIONERO
Al Grupo Cero

Prisionero soy de una larga condena
porque la palabra no otorga libertad.
Digo huella y huella se hace carne en mí,
arrugas con el tiempo, dolores del amor.

Huella, te digo y existen los caminos,
huella de mí y, al menos, en soledad
algún sendero, algo, habré conocido
algún paso habré dado al comenzar.

Huella del alba anuncia que el sueño terminó.
Que viene el universo, la mujer y el hombre,
que el mundo todo viene para hacer poesía
y la vida, ahí, viene la vida que se terminará.

Digo árbol y el verde forja toda mi realidad.
Verdea el corazón de las mujeres ancianas,
pone en el centro del corazón de mi amada,
la esmeralda perdida que brilla en el silencio.

Y cae, hasta llegar a su verdad de musgo,
verde que se detiene para que el mundo,
se piense florecido, húmedo, inquietante,
verde de amor muriendo sobre la hierba.

Digo decir y a borbotones de cataratas,
de mundo, se hacen plenas las palabras.
La mujer que nada en mí veía, al hablar,
vio de pronto sólo una luz en mi mirada.

Mirada de fiera, selva acorralada de luz.

Mujer, decir mujer, abrir ese destino:
ennoblecer el llanto, encumbrar el amor,
poner gacelas en el andar del caminante,
sonidos de agua y pájaros en su cantar.

Violín herido subiendo entre tus piernas.

Digo violín, amada, digo violín herido
y un aullido espectral hace del alma,
callada y quieta melodía desesperada,
abre tus ojos al agudo vacío del amor.

Digo ferrocarril y viaje sin detenerme nunca

haciendo siempre ruido desde el oriente al sur.
Y máquinas y obreros y fiestas de vendimias
y muertes que su destino nunca encontrarán.

Tren del Oeste digo y crujen las praderas,
una bala de plata atraviesa los ojos de la noche
un caballo blanco muere de sed en el desierto
y la mujer de los rizos dorados muere de amor.

Caballos, ¡imaginad! caballos atados a sí mismos,
atrapados por la velocidad de liberarse y volar,
caer como las piedras de la montaña al río,
llegar al fondo de las cosas sin dejar de caer.

Digo cerdo, lombriz, serpiente y pájaro
y el sexo se deslumbra de sí mismo,
abre las piernas, abre las piernas y habla,
dice del mar cosas como verde-azuladas.

Se arrastra, se arrastra antes de volar.
Y cuando se arrastra goza y cuando vuela
y cuando cae, nácar o plata es su sonrisa
y se arrastra por el dolor y goza de la vida.

Y vuela y se deshace de besos y de luces,
sexo del amor, le digo, de la vida viviendo.
Poema, libertad, guerra contra el hambre,
dulzura del decir quiero vivir en el deseo.

Y digo muerte y aunque no lo dijera,
poeta enmudecido, igual he de morir.
Por eso que la palabra nos condena
cuando hablamos, al goce y al deseo.

Sin libertad, prisionero de la palabra
con la alegría de haber sido hombre,
con el alma ya lanzada a los vientos,
sin dejar rastros, mi cuerpo morirá.

EDITORIAL GRUPO CERO

c/ Duque de Osuna, 4 local. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 541 73 49
Carlos Pellegrini 833, 4º C, 1er. Cuerpo. 1009 Buenos Aires, Argentina.
Teléfono 4966 17 10/13
www.editorialgrupocero.com